

José Antonio Donaire Benito
Profesor de la Universidad de Girona

Ponencia

¿Cuál es el legado del turismo en la ciudad?

Las ciudades se crean como un palimpsesto, por la acumulación de procesos históricos. Cada etapa incorpora nuevos elementos que se integran lentamente, como si fuera un destilado. Cuando en el 2001 la Unesco incorporó al catálogo del Patrimonio de la Humanidad las minas de Zollverein, estaba mostrando el reconocimiento a una forma de patrimonio que se escapa de los cánones clásicos, pero que ha creado paisajes de memoria. El turismo forma parte de la identidad de la ciudad y ha creado elementos y prácticas que se han incorporado en la lógica cultural de Barcelona.

En oposición a una idea muy extendida, el turismo tiene una larga trayectoria en la ciudad. Los primeros antecedentes se encuentran en la Exposición Universal de Barcelona de 1888; estas exposiciones tenían como objetivo situar las ciudades en el mapa de los polos de atracción industrial de la época. La exposición dejó una serie de vestigios urbanos de carácter icónico, como el Arco de Triunfo o la estatua de Colón, aparte de la remodelación del parque de la Ciutadella. Años más tarde, la Exposición de 1929 también diseñó una escenografía que perduró en el tiempo, con la urbanización de la montaña de Montjuïc, siguiendo el proyecto de Puig i Cadafalch. La exposición permitió terminar la plaza de Espanya, de acuerdo con la concepción de Cerdà, y la creación de un espacio expositivo que perduró hasta nuestros días. La exposición universal también hizo posible el Pueblo Español, un proyecto impulsado por el arquitecto Puig i Cadafalch y que prolongó su existencia más allá de la exposición, gracias al interés propagandístico de Primo de Rivera. Las dos exposiciones universales son un primer indicio de los efectos de la lógica turística en la fisonomía urbana: La creación de *sights* o polos de atracción que identifican la ciudad —Colón o la Fuente Mágica con el MNAC de fondo— y la concepción de una ciudad atractiva, que intenta captar una parte de los flujos internacionales —de personas, de capitales y de ideas—.

Este periodo es también el testimonio de uno de los procesos de falsificación histórica más notables de la Península. Durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, se produjo al mismo tiempo una destrucción sistemática de edificios históricos por la expansión de la nueva ciudad y un movimiento que propuso la creación de un centro histórico, en torno a la catedral. De hecho, los dos grandes proyectos de esta época convergen en un mismo sentido: La apertura de la Vía Laietana y la remodelación de la catedral y su entorno. Sabemos por la tesis de Cocola que el Barrio Gótico es en realidad

una ficción, una reconstrucción idealizada que recrea los cánones del gótico del norte de Europa. Así, la fachada de la catedral, el puente del Bisbe y varios edificios que bordean la sede no son otra cosa que una reconstrucción, un falso histórico. Hoy forman parte de la identidad de la ciudad, pero habría que explicitar el origen en el movimiento historicista de la época. Por ejemplo, cuando la Unesco reconoció el conjunto medieval de Carcasona mencionó, también, los falsos históricos que incorporó el arquitecto Viollet-le-Duc. En otras palabras, la intervención en el patrimonio es en sí misma una forma de patrimonio. El puente del Bisbe no es un elemento patrimonial del periodo medieval de la ciudad, sino un representante de la intervención histórica en el centro de la ciudad durante las primeras décadas del siglo XX.

Por lo tanto, el prototurismo en la ciudad nace desde el dinamismo de la alta burguesía de la ciudad y bebe de las fuentes del novecentismo y el regionalismo, tal como detalla la antropóloga Saida Palou. En este periodo, se habían concretado dos de los elementos básicos de la narrativa turística de la época: la monumentalidad centrada en una serie de *sights* básicos —siguiendo el modelo de las ciudades monumentales europeas— y una reivindicación de la ciudad dinámica, industrial y cosmopolita que dará lugar, años más tarde, a la idea de la ciudad de ferias y congresos. El instrumento básico de desarrollo turístico fue la Sociedad de Atracción de Forasteros, constituida en 1908 y que se truncó con el estallido de la Guerra Civil. Esta sociedad fue una herramienta fundamental en la creación de una gestión integrada, la identificación de la imagen turística de la ciudad y en la selección de los elementos que configuraban “lo que se debía visitar”. La profesora Dolors Vidal ha estudiado el papel de la revista *Barcelona Atracción* como instrumento en la concreción de los elementos que configurarán el relato turístico de la ciudad. De hecho, es esta publicación la que impulsará el valor de la obra de Gaudí en la imagen turística de Barcelona.

La guerra interrumpió la iniciativa de la sociedad mencionada y detuvo los procesos de desarrollo turístico que se habían planteado, especialmente en los congresos de turismo de Cataluña, con una concepción integral de la promoción y la gestión del país. Solo después del Plan de estabilización se reactiva la actividad turística y se constituye el Centro de Iniciativas de Turismo (CIT), en el año 1964. En los años sesenta la ciudad vive la segunda gran metamorfosis con la llegada de la inmigración que ampliará la ciudad mucho más allá de los límites previstos por Cerdà e intensificará la imagen de una ciudad industrial, activa, pero también caótica y gris. Por eso, los esfuerzos de promoción se centran en el concepto de la ciudad de ferias y congresos, e intentan vincular la atracción turística al segmento del turismo profesional —congresos y ferias—. La desaparición silenciosa del CIT testimonia las dificultades de posicionamiento del turismo de la ciudad, mientras que los espacios litorales próximos se convierten en los verdaderos centros de atracción del turismo internacional.

No hay duda de que la reactivación de la actividad turística se gesta en los años ochenta, con la restitución del poder local democrático, especialmente a partir del proyecto olímpico. Durante unos años, hay una convergencia entre el proyecto de ciudad — mediterránea, cosmopolita, abierta— y el reto olímpico que culmina con la nominación de Lausana. Hay que tener presente que en 1981 nace el Patronato de Turismo de Barcelona, que inicia un proceso de lenta construcción de nuevos productos turísticos que van más allá del turismo profesional. El hito olímpico tuvo un efecto muy parecido al de las dos exposiciones precedentes, la de 1888 y la de 1929, porque permitió concentrar las energías de transformación de la ciudad en un acontecimiento internacional y, también, porque favoreció la intervención en áreas urbanas degradadas, especialmente el recinto olímpico y la Villa Olímpica. Este proceso de regeneración urbana se acompañó con una intervención dura en un espacio degradado de la ciudad, el Raval, siguiendo operaciones similares de reconversión urbana que tenían lugar en el conjunto de la Península, de acuerdo con el modelo europeo. La creación del MACBA, el CCCB, la Filmoteca o la rambla del Raval alteraron las dinámicas urbanas precedentes en este espacio e incorporaron nuevos elementos a la cartografía turística de la ciudad.

El éxito de los Juegos Olímpicos proyectó internacionalmente la ciudad, pero el auténtico impulso turístico tuvo lugar con el final del milenio, cuando ya se había formalizado el nuevo ente de promoción turística, Turismo de Barcelona (1994) y se consolidó la proyección internacional de los iconos de Gaudí, a partir del Año Gaudí. La prueba olímpica tuvo, sin embargo, un efecto secundario: La ciudad tenía dificultades para articular un nuevo modelo de ciudad si no era con un nuevo acontecimiento y, después de la confusión creada por una posible exposición universal, Barcelona organizó el Fòrum Universal de les Cultures, que desarrolló urbanísticamente la zona del Baix Besòs, pero que hizo fracasar definitivamente el modelo del acontecimiento-motor urbano, que se inició con la exposición de 1888. El Fòrum representa el fin de una etapa. Es entonces cuando se oyen las primeras voces que propugnan un cambio de modelo urbano y un debate abierto sobre los límites, los efectos y los perjuicios del turismo. La COVID-19 pone de manifiesto el excesivo peso de la industria turística en el modelo económico y urbano de la ciudad.

En vista de este recorrido histórico, nos podemos plantear cinco reflexiones genéricas sobre el papel del turismo en la identidad de la ciudad:

1. No es posible entender la ciudad de finales del siglo XX y principios del XXI sin incorporar el turismo. La actividad turística ha dejado "cicatrices de memoria", fragmentos, edificios, rutinas, actividades, emprendidas, estéticas, que solo se pueden entender con la mirada turística. Ya no es posible pensar en la ciudad si no es pensando, también, en la ciudad turística. De hecho, el turismo forma parte de la identidad de Barcelona como lo son las viejas industrias del Poblenou, las iglesias

- barrocas o los restos de los palacios medievales. Es un dibujo más del palimpsesto que constituye la ciudad.
2. La actividad turística ha creado elementos patrimoniales que se deben preservar. Algunos edificios —hoteles, establecimientos comerciales, edificios públicos, etcétera— forman parte del patrimonio material de la ciudad, están relacionados con un periodo histórico y con una concepción determinada de Barcelona. Serán los edificios y los espacios que visitarán los turistas del futuro, si es que en el futuro todavía se mantiene la concepción contemporánea del turismo. Son espacios de memoria que tenemos que empezar a inventariar, catalogar y, en algunos casos, preservar. Tenemos que reivindicar el patrimonio turístico de la ciudad.
 3. Una parte significativa de la actividad turística es intangible. No es tanto la forma del edificio hotelero o la fisonomía del bus turístico, como el uso social que se hace de unos elementos urbanos. De hecho, el principal símbolo turístico son los mismos turistas. Hablamos de un espacio turístico cuando en este escenario se concentran los turistas. Es la concentración temporal y espacial de visitantes lo que otorga a un espacio la condición de espacio turístico. Los movimientos sociales y vecinales contra los excesos del turismo también forman parte de la nueva identidad invisible de la ciudad. Existe, digámoslo así, un patrimonio inmaterial, que está formado no tanto por los elementos físicos que configuran el espacio, sino por el uso social que hacemos de estas y por las tensiones y dialécticas propias de este uso.
 4. La presencia de visitantes altera las densidades. No es tanto, como proponía MacCannell, que los espacios turísticos son los frentes urbanos o solo hay turistas para preservar el *back* urbano donde solo hay residentes. No hay burbujas turísticas. El turismo altera los accesos a determinadas áreas urbanas, de manera que se vuelven más atractivas para un perfil de residentes e inaccesibles para otros. El turismo contribuye a los procesos de gentrificación económica, pero también de lo que podríamos llamar *gentrificación cultural y social*. El turismo altera, por lo tanto, la manera en que se utilizan las ciudades y se ocupan los espacios públicos.
 5. Las ciudades contemporáneas no son turísticas o no turísticas. Son atractivas o invisibles. El turismo es un vector más de un proceso de las ciudades globales, que atraen a residentes, estudiantes, inmigrantes ilegales, artistas, profesiones liberales, congresistas, pacientes y, naturalmente, turistas. El turismo es una derivada más de los procesos de globalización —personas, capitales e ideas— de las grandes ciudades internacionales, que la COVID-19 ha interrumpido de manera repentina.

Anexo

Conclusiones de síntesis del *focus group*

- El análisis del legado —entendido como *heritage*— del turismo ofrece un marco de reflexión a partir del cual se puede repensar la ciudad para proyectarse en el futuro desde una perspectiva histórica más amplia.
- El turismo no es un fenómeno de los últimos veinte años, sino el resultado de un proceso secular que se tiene que enmarcar en un contexto de dinámicas de ciudades globales.
- Hay que hablar de mestizaje como un motor destacado de la identidad de las ciudades que utiliza, reutiliza o destruye los activos urbanos.
- Barcelona no es solo una ciudad turística, sino que es una ciudad visible y atractiva, capaz de atraer de todo en un contexto de hipermovilidad —capitales, científicos, estudiantes, inmigrantes ilegales, etcétera—. Eso plantea el problema de qué relación mantienen las personas visitantes con las personas residentes y el uso que hacen de la ciudad.
- El turismo mantiene una relación compleja con otras actividades que se han promovido para cambiar de modelo productivo como, por ejemplo, la innovación. Genera sinergias que pueden favorecer sectores innovadores —por ejemplo, con el efecto atrayente de grandes acontecimientos congresuales: MWC, ISE, etcétera—, pero al mismo tiempo transforma el uso del espacio público de una manera que puede condicionar la localización. En este sentido, el 22@ es un ejemplo claro de barrio de vocación innovadora que se ha visto afectada por el turismo.
- Ver el turismo como una parte de la identidad de la ciudad es una visión romántica, porque se olvidan los problemas que plantea con respecto a coexistencia con las personas residentes, y eso se ve con claridad en Ciutat Vella.
- Ante el patrimonio intangible que representa el turismo, se reivindica un patrimonio cotidiano que es fundamental para plantear cómo será la ciudad del futuro.
- El turismo es positivo porque genera una masa crítica a escala cultural, sitúa Barcelona al frente en temas científicos y tecnológicos gracias a los congresos y las ferias, y el impacto económico llega a otros sectores como el cultural. Por contrapartida, se han señalado una serie de efectos negativos en la vivienda, la movilidad, la contaminación y la pérdida de espacio público.
- El número de estudiantes universitarios y de formación ejecutiva es cada vez más elevado. Muchos de estos estudiantes se quedan para desarrollar sus *start-ups* o aplicaciones. Ni Barcelona Activa ni el 22@ se entenderían sin esta aportación.



UNA OPORTUNIDAD
CONJUNTA
FÓRUM DE DEBATE
ENERO_2021

- La literatura, la cultura, ejercen un papel fundamental a la hora de hacer visible y atractiva la ciudad. Las novelas crean un imaginario que a veces supera la realidad y puede conseguir un impacto más perenne. Barcelona tiene un rico patrimonio, en este sentido, tanto contemporáneo como clásico. Por este motivo, se tendrían que potenciar iniciativas como las becas de escritura Montserrat Roig, convocadas por el ICUB, que fomentan la creación literaria sobre la ciudad.